

biendo salido á recibirle el Parlamento, el Clero y la nobleza, que le saludaron con el nombre de Protector de la religión (15 de noviembre de 1590). A su entrada en la ciudad, negóse á ir bajo palio como un soberano, pero tomó el título de gobernador y lugarteniente general de la provincia bajo la autoridad del Estado real y corona de Francia. Marsella le abrió sus puertas en 2 de marzo de 1591. Aunque obraba por su sola cuenta, necesitaba el dinero y los soldados de Felipe II; así es que se embarcó con rumbo á España, acompañado de seis diputados provenzales para solicitar allí refuerzos. En el entretanto, sus tropas sitiaban Berre, en cuyo auxilio acudieron La Valette y Lesdiguières, quienes encontraron en Esparrón de Pallières á los ligeros y los destrozaron en una serie de combates (15 y 17 de abril). «Después de esto, los saboyanos parecieron más bien sitiados que defensores de aquella provincia.»

Carlos Manuel probó de llevar al corazón del Delfinado la guerra que Lesdiguières acababa de hacerle en Provenza y hasta en el Piamonte, y ordenó á su hermano, Amadeo de Saboya, que había sido reforzado con tropas españolas, que devastara el Gresivaudán y atacara Grenoble. Lesdiguières, con 7.000 hombres, salió al encuentro del enemigo, que tenía 13.000 infantes y 1.200 caballos, y libró batalla contra él, al pie del castillo de Bayardo, matándole 2.500 hombres y cogiéndole 18 banderas. La victoria de Pontcharra (6 de septiembre de 1591) libertó el Delfinado y permitió al infatigable capitán ir á reunirse con La Valette en Provenza y conquistar Barcelonnette (21 de octubre) y Digne (23 de octubre de 1591). El año 1591 terminaba en Provenza con triunfos; pero desgraciadamente La Valette fué muerto al año siguiente delante de Roquebrune (25 de enero de 1592), y su pérdida aplazó la ruina de los ligeros.

IV.—Los Lorenas

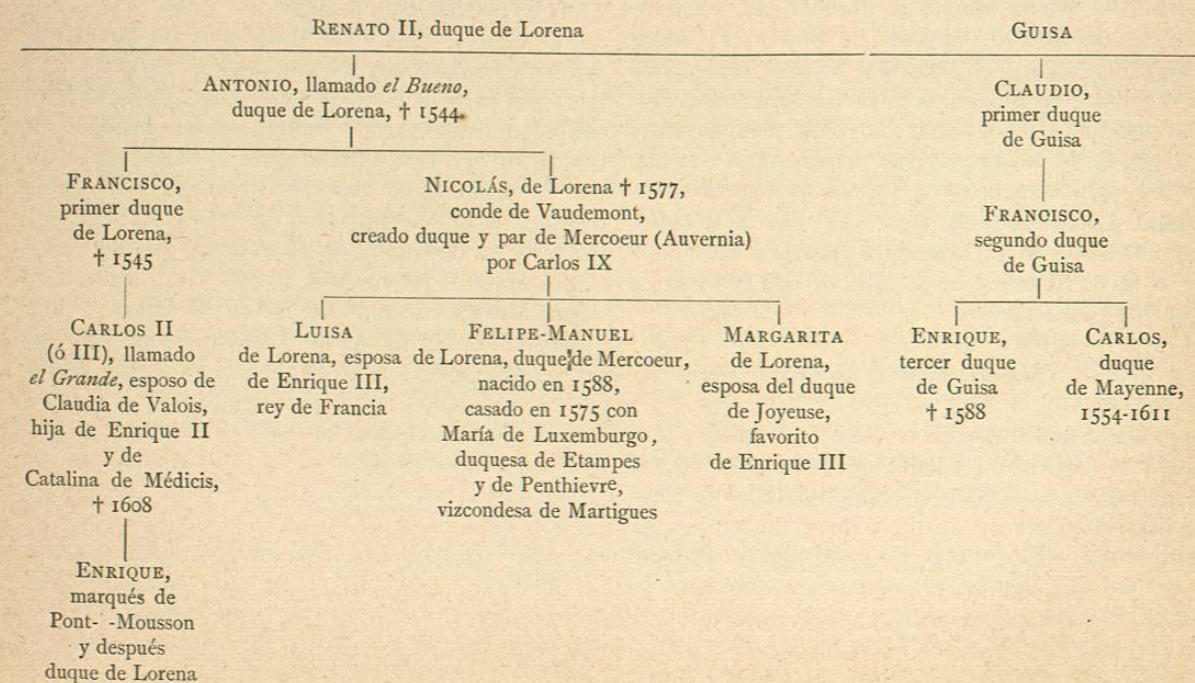
El duque de Lorena, Carlos III, esposo de Claudia de Valois, segunda hija de Enrique II, habría sido el más temible de los pretendientes si todos los individuos de su familia hubiesen querido ayudarle en sus propósitos; pero Mayenne tenía sus miras particulares, y Mercoeur, jefe de la línea menor de Vaudemont-Lorena, no pensaba sino en crearse un principado en Bretona.

Carlos III ambicionaba la corona para su hijo, y en caso necesario habríase contentado con la Champaña. Á la muerte de Enrique III, algunos ligeros de esta provincia le reconocieron como Protector; pero no consiguió sobornar la ciudad de Langres que su alcalde, Roussat, supo conservar fiel al rey. Este hombre enérgico frustró todos los complots, expulsó con gran imparcialidad á un monje que predicaba la herejía y á un predicador que recomendaba la causa de la Liga, y se mantuvo firme en su posición de católico y de realista.

Enrique IV se vengó de las intrigas de Carlos III declarándole la guerra, como si en su persona hubiese querido hacerla á toda su raza: los bienes que el Lorenés tenía en el reino fueron confiscados, y las guarniciones realistas de Langres y de Metz asolaron sus Estados. El duque pretendía ciertos derechos sobre el ducado de Bouillon y había procurado ya casar á su hijo, el marqués de Pont-à-Mousson, con la heredera del mismo, y ante una respuesta evasiva de Enrique III había intentado conquistar el ducado. Enrique IV, para darle un vecino «que le tuviera siempre á raya», casó á la joven duquesa, Carlota de la Mark, con Turena, á quien recomendaban su celo hugonote, su habilidad militar y su actividad (15 de octubre de 1591). La misma víspera de la boda, el novio fué á apoderarse por sorpresa de Stenay.

(1) CUADRO GENEALÓGICO DE LAS CASAS DE LORENA Y DE VAUDEMONT

(Este cuadro sólo comprende á los personajes que interesan para nuestro relato)



Mercoeur, con una ambición más limitada, tenía más probabilidades de verla satisfecha. Enrique III, que le había casado con María de Luxemburgo, descendiente de los Penthièvre y de los antiguos duques de Bretona, había cometido la imprudencia de nombrarlo gobernador de una provincia sobre la cual podía su esposa formular pretensiones. Después del asesinato del duque de Guisa, Mercoeur había sublevado la Bretona y se había declarado partidario de la Liga; el espíritu particularista de la provincia le ofrecía un sólido punto de apoyo, pues los bretones eran los menos asimilados y los más celosos de su autonomía. En pocos meses se hizo dueño del país y los realistas sólo consiguieron recuperar Rennes, en donde residía el Parlamento.

Los rápidos triunfos de Enrique IV en el Maine y en Normandía habían espantado á Mercoeur, el cual, como los demás pretendientes, se dirigió al rey de España.

La Bretona era una de las provincias que más debían temer la ambición de Felipe II; y como podía discutirse si formaba parte integrante de la corona ó era dominio inmediato de la casa de Valois, el monarca español la reivindicaba para su hija que era la heredera más directa de la reina Claudia y de la duquesa Ana. El duque de Mercoeur, que pensaba hacer valer los derechos de su esposa, no hubiera debido fiarse de aquel pretendiente; pero contaba con servirse de él y luego despojarlo. El mismo cálculo hacía probablemente Felipe II, quien envió al duque 3.500 soldados (septiembre de 1590) que ocuparon el Blavet y se fortificaron en él como gentes resueltas á no moverse de allí. Mercoeur con estos auxiliares puso sitio á la plaza fuerte de Hennebont (enero de 1591).

El príncipe Dombes, que mandaba el ejército real, no disponía de fuerzas suficientes para resistir; entonces Enrique IV se dirigió á la reina de Inglaterra, quien, alarmada por el establecimiento de los españoles en Bretona, envió un socorro de 3.000 hombres. La Noue llevó al jefe del ejército el apoyo de su experiencia militar; pero fué mortalmente herido en el sitio de Lamballe (4 de agosto de 1591) y con su muerte sufrieron una suspensión los progresos del partido realista.

De suerte que los extranjeros entraban en Francia por todas partes, se instalaban en las provincias fronterizas y poseían la capital, trabajando para apropiarse el reino ó desmembrarlo.

CAPITULO IV

LAS DIVISIONES DE LA LIGA (1)

- I. Políticos y Diez y seis. — II. Espíritu revolucionario de los Diez y seis. — III. Gobierno conservador de los políticos. — IV. El conflicto.

I.—Políticos y Diez y seis

El grupo de los ligeros intratables, conocidos con el nombre de Diez y seis, había sido durante el sitio el alma de la resistencia: había sostenido á la población en medio de sus padecimientos, contenido á los realis-

tas, reprimido las protestas de la miseria y del hambre, unido sus esfuerzos á los de los párrocos y de los monjes, y obrado de tal modo de acuerdo con ellos, que era difícil decir si era él su instrumento ó si eran ellos sus portavoces.

En torno de los comités de nueve miembros creados en cada uno de los diez y seis barrios, agrupábanse más de 30.000 adeptos, sacerdotes y seglares, burgueses y gente de pueblo, teólogos y hombres de acción. La asociación tenía presa á la ciudad en la apretada red de sus secciones y de su policía, descubría los complots, vigilaba á los sospechosos y denunciaba á los tibios. Desde la Jornada de las Barricadas, había puesto á sus miembros en posesión de todos los empleos, dominaba en el Chatelet, en las Casas Consistoriales y en el Parlamento; pero si recompensaba el celo, en cambio exigía de los hombres á quienes había elevado al poder una lealtad sin escrúpulos, borrándolos, al menor desfallecimiento, de la lista de los afiliados, arrojándolos de las filas de los puros y privándoles, por decirlo así, de su certificado de ortodoxia.

Había en este partido miembros que habían ingresado en él impulsados sólo por la ambición, pero la mayoría de los Diez y seis eran fanáticos sinceros que hacían profesión de seguir dócilmente la inspiración de la facultad de Teología y de mostrar para los decretos de ésta «la reverencia y obediencia grande como las de los niños á los padres y las de los soldados á sus capitanes.» Su fe no admitía compromiso alguno y hasta negaban al papa el poder de restituir al Bearnés, hereje y relapso, la capacidad de reinar, pues sus teólogos sostenían que la absolución pontificia borraría la falta sin dispensar del castigo (*Culpam, non poenam absolutio peccati remittit*).

Sus actos no siempre estaban de acuerdo con sus principios; así exaltaban la autoridad del soberano pontífice y la limitaban; reivindicaban libertades y soñaban con pertenecer á Felipe II, el más absoluto de los reyes; reconocían la excelencia de la monarquía y reclamaban la elección de un rey muy cristiano, y, sin embargo, trabajaban para crear una especie de democracia municipal, censuraban á la nobleza, desorganizaban el gobierno regular y tendían á substituir á la acción de los poderes reales el régimen de los golpes de mano y de las jornadas revolucionarias.

La alta burguesía, que en un principio había formado parte de los consejos de la Liga, pronto se había cansado de la alianza de los demagogos, cuyos procedimientos repugnaban á sus hábitos de orden y cuyas

Mayenne, 1590-1591. L'Estoile, V. Palma Cayet, *Chronologie novenaire. Abregé fait par Panigarole, évêque d'Asti, au duc de Savoie sur les derniers errements de la France*, «Mémoires d'Etat de Villeroy», 1665, II. De Thou, IX. Matthieu, *Histoire de Henry III*, 1631.

OBRAS DE CONSULTA: Robiquet, *Histoire municipale de Paris*, tomo III. Labitte, *De la Démocratie chez les prédicateurs de la Ligue*, 1866. Poirson, *Histoire de Henri IV*, 1865. Prarond, *La Ligue à Abbeville, 1576-1594*, II, 1868. Ouvré, *Essai sur l'histoire de la Ligue à Poitiers*, «Mémoires de la Société des antiquaires de l'Ouest», XXI, 1854. Gregoire, *La Ligue en Bretagne*, 1856. Larozze, *Essai sur le régime municipal en Bretagne pendant les guerres de religion*, 1890. Mourin, *La Réforme et la Ligue en Anjou*, 1856. Pouy, *La Chambre de conseil des Etats de Picardie pendant la Ligue*, Amiens, 1882. Papón, *Histoire générale de Provence*, 1786, IV.

(1) FUENTES: *Registres des délibérations de la Ville de Paris*, editados y anotados por P. Guerin, X, 1902. *Mémoires de la Ligue*, IV. *Archives curieuses*, XIII. *Dialogue d'entre le Maheustré et le Manant*, 1594. Enrique y Loriguet, *Correspondance du duc de*

simpatías por Roma y España pugnaban con sus tradiciones galicanas y herían sus susceptibilidades nacionales. Estaba de acuerdo con ellos para no reconocer sino a un rey católico, pero no tenía contra el rey de Navarra otra objeción que su herejía. Uno de sus más ilustres representantes, Villeroy, se negaba á obedecer á Enrique IV protestante, sin negar los derechos que le daban su nacimiento y la herencia: «Si el rey de Navarra, escribía á Mayenne, quisiera de corazón y de afecto, y como conviene, volver al regazo de la Iglesia y nuestro santo padre recibirle en ella y hacerlo digno de empuñar el cetro francés, en este caso... estimo que sería más útil al público y á vos mismo llegar á una inteligencia con él que seguir cualquier otro camino.»

Los ligeros moderados, ó sean los políticos, aceptaban y aun imploraban el apoyo de Felipe II, pero de ningún modo querían entregarle la Francia, y en el fondo de la masa de la nación sentía las mismas repugnancias. Villeroy afirmaba que el Español era de tal modo odiado en Francia, que los pueblos casi olvidaban su odio secular contra los ingleses; y el obispo de Asti, Panigarole, decía lo mismo y aducía como prueba de su aserto que cuando el duque de Parma acababa de hacer levantar el sitio de París y de salvar á la Liga, la nobleza liguera se divertía con los españoles que no lograban apoderarse de la pequeña plaza de Corbeil, «riéndose de ellos descaradamente y diciéndoles los señores que las fortalezas no se toman en Francia á la vista de la artillería como en Flandes;» y que cuando Felipe II enviaba dinero, «lo gastaba sin provecho, y si mandaba gentes de guerra todo el país se inquietaba.» Excepción hecha de un corto número de fanáticos beatos ó de famélicos dispuestos á vender el reino á Felipe II, la mayoría de los católicos soportaba la tutela española sin sentir por ella afecto alguno. El mismo Panigarole preveía que las pretensiones de España eran capaces de reconciliar á todos los franceses; y las declamaciones del libelo «El Anti-Español» (1), cuyo título indica claramente cuáles eran su origen y su espíritu, respondían no sólo á los odios declarados de los realistas, sino también á las encubiertas antipatías de los ligeros moderados.

El error de los Diez y seis fué no hacer caso de estas susceptibilidades del patriotismo ó ignorarlas.

Había, pues, dentro de la Liga varios partidos: á un lado los violentos, á otro los moderados; de una parte los católicos que no rechazaban la idea de una reconciliación con Enrique IV convertido, de otra los sectarios, los intransigentes. Unos y otros estaban resueltos á no admitir á un príncipe protestante, pero si en esta cuestión de principio estaban unidos, hallábanse en desacuerdo respecto de la manera de terminar el conflicto y de organizar el gobierno de la revolución. Y se detestaban entre sí más aún de lo que ambos detestaban al rey de Navarra; así la Sorbona denunciaba á Gregorio XIV á los malvados políticos más culpables que los malvados herejes y más peligrosos que éstos para la religión.

El interés de Mayenne estaba en apoyarse en los dos partidos; pero no tenía la autoridad necesaria para con-

(1) *L'Anti-Espagnol ou Brief Discours du but où tend Philippe, roy d'Espagne se meslant des affaires de France, 1590.*

tenerles: aquel señor, tan engreído de su raza que había dado una puñalada á uno de sus más leales servidores, el capitán Sacremore, por haber pretendido la mano de su hijastra, no era á propósito para arrastrar en pos de sí á los ejércitos ni para manejar las muchedumbres. No tenía el buen trato, ni la sonrisa ni la reputación de valiente que habían hecho de su hermano, Enrique de Guisa, el ídolo de la población parisiense, y se encontraba llamado á guiar una revolución sin tener ninguna de las cualidades que hacen al tribuno, al revolucionario ó al fundador de dinastía. Sus aficiones le aproximaban á los moderados, cuyos hábitos de obediencia le hacían agradables sus servicios, y la importancia que le atribuían en el Estado halagaba su ambición; y no sentía mayor afecto que ellos por el rey de España en quien temía un competidor al trono, porque Mayenne acariciaba la idea de ser rey y creía que Enrique IV no se convertiría, ó que, aunque se convirtiera, no lograría la adhesión de la mayoría de los católicos. En este punto disenta de sus consejeros Villeroy y Jeannin y sentía más vivamente que ellos la necesidad de no romper con los enemigos jurados del rey de Navarra, con los Diez y seis.

Pero su política de balancín era odiosa á los fanáticos, quienes censuraban sus simpatías por el partido que tan mal había soportado los padecimientos del sitio, y le acusaban, además, de olvidar el sublime sacrificio de la población parisiense. ¡Acaso no dejaba que el Bearnés cerrara las avenidas de la ciudad heroica! No hacía más caso de París que de una bicoca, y no le había bastado introducir catorce supernumerarios en el Consejo general de la Unión, sino que, por añadidura, había hecho que en sus campañas le acompañaran los miembros más aptos del mismo dejando en París sólo un fantasma de consejo del que formaban parte hombres desacreditados y en el que hablaban como amos el gobernador, señor de Belin, hechura suya, y su madre y su hermana, las duquesas de Nemours y de Montpensier. De esta suerte había roto el vínculo que unía las municipalidades ligueras con la municipalidad de París y privado á los Diez y seis del medio de influir sobre el resto de Francia por mediación de ese consejo parisiense hijo de la elección.

Había atraído hacia sí el gobierno y se lo había llevado, por decirlo así, fuera de París: el arzobispo de Lyon, á quien había confiado los sellos y los cuatro secretarios de Estado á quienes había nombrado, De Bray, Pericart, Roissieu y Desportes Baudouin, habían de acompañarle á todas partes; y se había prohibido á quienquiera que fuese que expidiera á los gobernadores y á los alcaldes órdenes que no estuviesen rubricadas por aquellos agentes de su voluntad.

II.—Espíritu revolucionario de los Diez y seis

Después del sitio, los Diez y seis habrían querido castigar á todos los adictos, declarados ó secretos, del rey de Navarra; pero la alta burguesía, escudada en el Parlamento, resistíase á poner la justicia al servicio de sus rencores, lo cual produjo en ellos una cólera que sus apetitos sobreexcitaban aún más. Algunos de ellos aspiraban, en interés de su partido ó en el suyo propio, á entrar en la primera cámara del Parlamento, y Ameli-

ne, según se dijo, ambicionaba el puesto de procurador general; la pequeña burguesía, que proporcionaba á la Liga los elementos vehementes, quería suplantar á la aristocracia parlamentaria y sentarse sobre «las flores de lis.»

Las ambiciones más bajas, como las más altas, el espíritu de venganza y el espíritu de partido, el interés de París y el profundo convencimiento de su decadencia, todo se juntaba para irritar á los Diez y seis.

Ya en septiembre de 1590 habían enviado una diputación á Mayenne para exponerle sus agravios; pero las memorias que habían redactado fueron enviadas á Villeroy, su enemigo, y esta fué la única respuesta que obtuvieron. Envalentonados por la derrota de Enrique IV en la puerta de Saint-Honoré y por la instalación de una guarnición española en París, habían vuelto á la carga en febrero de 1591 haciendo ver los inconvenientes que causaba la «intermisión» del Consejo general, quejándose de la tiranía de la nobleza y de la injusticia de los magistrados que «arruinaban la autoridad y el poder de los eclesiásticos y la libertad del pueblo,» y pidiendo medidas contra los sospechosos, la confiscación de sus bienes, su prisión y su procesamiento. Y como pretendían tener justas razones para desconfiar del Parlamento, que castigaba á los buenos católicos y guardaba consideraciones á los fautores de herejes, querían que se creara una Cámara especial para juzgar á los unos y á los otros. Pero también esta vez fué rechazada su petición.

La toma de Chartres (abril de 1591) había aumentado la irritación de los Diez y seis que en todas partes no veían más que enemigos y traidores; y tales fueron entonces sus quejas, que Mayenne, alarmado también por los progresos de los realistas, creyó prudente darles una satisfacción. Para ello separó de la Cámara de las Cuentas, del Tribunal de las Monedas y del Parlamento á algunos miembros sospechosos de realismo; pero por los miramientos que guardaba al anunciar su suspensión á los cuerpos de que formaban parte, se ve fácilmente que adoptaba esta resolución á disgusto. El mismo declara que no tiene agravio alguno contra ellos y que no tolerará que se atente contra sus bienes ó su persona: «Únicamente deseo que para desvanecer ciertas sospechas ó ciertos celos se retiren en sitio en donde tendré medio de protegerlos y conservarlos, con la intención de que, si se portan como personas de honor celosas y afectas al progreso de esta santa causa, pueda yo dentro de pocos días volver á llamarles con el beneplácito del pueblo y contentamiento suyo» (12 de abril de 1591). Al mismo tiempo escribía al Parlamento que aceptara como presidente á Neuilly, uno de los sostenes más firmes de la Liga; pero el Parlamento se negó á ello. Los Diez y seis entonces se agitaron y hablaron de encerrar el Tribunal en la Bastilla.

Reprochaban también á Mayenne que demorase, desde hacía dos años, la reunión de los Estados generales «para la elección de un rey católico;» y cuando aquél se resolvió á convocar los Estados en Reims (mayo de 1591), protestaron contra la designación de esta ciudad y pidieron que la asamblea nacional se reuniese en París dentro de tres meses. Oudineau, Boucher, Senault y el señor de Masparault recibieron el encargo de transmitir á Mayenne sus reclamaciones, que

esta vez no iban solamente contra la justicia, sino también contra la política eclesiástica. El obispo de París, Gondí, era un italiano de raza, sumamente astuto y osado, que había hallado modo de hacerse bienquisto de los católicos sin perder la consideración de que gozaba en el ánimo de Mayenne, el cual necesitaba negociadores agradables á todos los partidos que pudieran, si llegaba el caso, servirle de intermediarios cerca del rey de Navarra. Gondí había permanecido en París durante el sitio, pero una vez terminado éste había salido de la ciudad y vivía en una casa de campo en Noisy. Su conducta y sus relaciones inspiraban desconfianza á los fanáticos, quienes le censuraban por haber abandonado su rebaño y habrían querido que Mayenne reemplazara á ese pastor infiel ó por lo menos permitiera al cabildo de Nuestra Señora proveer los beneficios vacantes. Los intransigentes no cesaban de clamar contra la parcialidad del Parlamento, diciendo que si se quería enderezar «esta columna de la justicia,» que como la piedad estaba de tal modo encorvada que parecía casi caída, era preciso acabar «la purgación del Parlamento... y llenar con gentes de bien los puestos de los ausentes.» La Cámara de las Cuentas y el Tribunal de las Monedas necesitaban asimismo una depuración.

Los disturbios habían hecho huir de París y de las demás ciudades católicas á muchas personas que se habían refugiado en los castillos y en las plazas fuertes de la Liga y hasta en los territorios sometidos á la dominación de los herejes, es decir, de los realistas. Los Diez y seis, considerando estas partidas como defeciones, querían excluir á los emigrados, cuando regresaran, de todo cargo público durante seis meses si se habían ausentado con permiso de los magistrados, durante un año si se habían marchado sin permiso, y para siempre si se habían refugiado en tierra enemiga. Estas exigencias indignaron á la nobleza y á los políticos que rodeaban á Mayenne; cruzáronse frases fuertes entre el presidente Jeannin y los diputados, y Mayenne les contestó con muy buenas palabras y los retuvo dos ó tres meses á su lado sin concederles nada.

III.—Gobierno conservador de los políticos

Mientras los Diez y seis sólo pensaban en trastornos, terror y matanzas, los consejeros de Mayenne se esforzaban por mantener las formas monárquicas, el gobierno monárquico y las tradiciones monárquicas, y si habían convocado los Estados generales en Reims, había sido únicamente para en ellos confirmar y ampliar los poderes del lugarteniente general, pues mientras no tuvieran un rey, pensaban constituir en provecho del jefe de la Liga una especie de realeza anónima, por virtud de la cual, en interés del partido y en el supremo interés del país, Mayenne desempeñaría el cargo que se hallaba vacante y concentraría en sus manos todos los poderes para salvar al reino de la anarquía y de la dominación extranjera.

La actitud independiente de las principales ciudades inquietaba á los políticos: los alcaldes y los regidores invadían las atribuciones de los gobernadores, disponían del dinero del Estado «del que son responsables no ellos, sino los funcionarios (del rey),» é imponían tributos al pueblo. En Poitiers, á la muerte del gober-